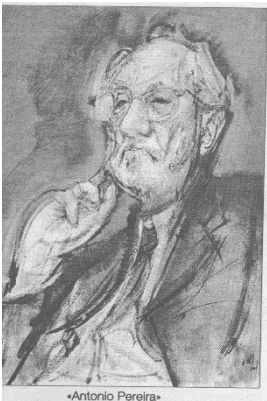


# ÁLVARO DELGADO: OTRO PULSO

EN una declaración manuscrita incluida en el catálogo de la exposición con la que Álvaro Delgado (Madrid, 1922) vuelve, casi veinte años después de nuestra individual en la sala Maese Nicolás, a León, el pintor con impecable honestidad testifica de sí: «No he intentado hacer nada nuevo en pintura y no tengo claro si es que no he querido o no he podido hacerlo. En todo caso me he limitado a desarrollar un lenguaje con el que expresar algunas ideas y comunicar experiencias que me pertenecen»

Así los casi cincuenta óleos ahora reunidos -el más antiguo fechado hace doce años y la mayor parte realizados en los dos o tres últimos- certifican su predilección por los géneros y, dentro de ellos, el personal entendimiento, fruto del eclecticismo de su formación y primera evolución, que para su tratamiento ha desarrollado Álvaro

Delgado. Paisajes de Navia en Asturias, del valle de Miñagón y de Villafranca del Bierzo acompañan otros procedentes de la Olmeda, un pequeño pueblecito próximo a Madrid en el que tiene su estudio y del que, desde hace más de treinta años, ha pintado y dibujado una «Crónica», en la que incluye, además de los paisajes, otros de sus motivos preferidos: campesinos, animales, etcétera.



En los bodegones, la forma y perspectiva de los objetos se diluye en la vibración del color y más que un dibujo soporte se revela una segunda materia, una blanca fórmula caligráfica superpuesta que es la encargada, por así decirlo, de pronunciar el

lenguaje que define las cosas.

No faltan tampoco los personajes imaginarios ni las reinterpretaciones de pintores por los que siente especial inclinación o respeto, así Goya, al que replica en «Saturno devorando a su hijo» y en la figura de «Dos frailes» (es ésta, precisamente, la pieza de 1985).

Por último, varios retratos de leoneses ilustres o populares; el género, quizá, más conocido de los suyos, pese a su indicación de que no es un retratista, sino sólo un pintor que a veces hace retratos, y que a quienes escriben sobre los suyos propios conduce, inevitablemente, a intentar autorretratarse a ojos del lector, como si obraran así un sortilegio que les permitiese soslayar lo que la mirada del pintor hubiere de descubrir en ellos.

Pintura de géneros, pues, a la que el propio artista dedica su comentario final en

un texto del catálogo: «¿Qué queda por cierto de la pintura fuera de la suma de sus géneros? Sería pueril que me arrepintiera de ella, lo que no significa, claro está, que me resigne a ella. En tanto uno continúe con los pinceles en la mano y el ojo atento a lo que pasa alrededor no he de cesar en mi trabajo».

**M. NAVARRO**